

El gobierno de la Alianza en Argentina: una búsqueda inconsciente del fracaso

Dra. Mabel Inés Falcón
Dr. Ángel Rodríguez Kauth

*El principio de la locura es hacer
siempre lo que hemos hecho y
esperar resultados diferentes.
A. Einstein.*

Resumen

La propuesta de los autores se fundamenta en una lectura psicopolítica de los fracasos gubernativos de la actual conducción política argentina. Con el fin de corroborar sus afirmaciones, a lo largo del texto van desgranando diversos episodios de la gestión de la Alianza que han conducido al país a entrar –para mediados de 2001– en una virtual de cesación de pagos, a la vez que el caos social se acrecienta hasta límites insoportables por parte de la masa de desocupados y trabajadores que se han visto sensiblemente afectados por las medidas económicas aplicadas.

Abstract

The authors' proposal is based on a psychopolitical reading of the failures of Argentine governmental administration in office. In order to corroborate their assertions, the authors refer to several episodes of the Alliance administration which has brought the country to the edge of a virtual default on its debt by the middle of 2001. At the same time the social chaos is growing up to an unbearable limit by the unemployed and workers that are significantly affected by the economic measures under implementation.

Introducción

Desde el psicoanálisis se remite a un concepto que, si bien Freud lo observó en su práctica clínica cotidiana, es decir, en casos individuales y –tomando, a la vez, abundantes ejemplos de la literatura y la dramaturgia clásica– puede ser útil para explicar alguno de los fenómenos políticos que ocurren en la desgarrada Argentina contemporánea que nos ha tocado en suerte vivir, en este momento histórico tan particular de globalización y simultánea fragmentación de los Estados nacionales.

Para el desarrollo de esta lectura de nuestra realidad, hecha a partir de una lente psicopolítica, se tendrán en cuenta –entre otros de diferentes autores– textos clásicos de Freud que, entendemos, aportan algunos indicios y elementos para comprender la sinrazón de las medidas económicas que se han estado tomando en los primeros seis meses del 2001, bajo el gobierno del presidente F. De la Rúa, como así también otras medidas previas de orden político, económico y social que afectaron seriamente a la vida cotidiana (Rodríguez Kauth, 2001) de la maltratada población que, en la actualidad, aún sobrevive en la Argentina y de la cual muchos pretenden emigrar (Aguinis, 2001).

En un texto de Freud de 1916, el segundo capítulo está referido a “Los que fracasan cuando triunfan”, título por demás ilustrativo para la temática que desarrollaremos en este escrito. En aquel texto, Freud expresa su sorpresa y desconcierto al observar que, contrariamente a la tendencia predominante en todos los humanos, es decir, la búsqueda del placer y la satisfacción por los logros propuestos, existían personas que “enfermaban” cuando habían logrado alcanzar un deseo largamente buscado. Al respecto, dice textualmente “Parece como si no pudieran soportar su dicha, pues el vínculo causal entre la contradicción de la enfermedad y el éxito no puede ponerse en duda” (Pág. 323). No es extraña la sorpresa y desconcierto del sabio vienés; lo esperable desde la racionalidad, separada arbitrariamente de la emocionalidad, es que quién ha alcanzado las metas propuestas se sienta feliz y procure conservar los privilegios logrados.

La prueba de aquella repulsa citada por Freud, que por cierto no se expresa conscientemente para los pacientes de tal síndrome, respecto al éxito, se hace patente en las acciones que los sujetos realizan para convertir el éxito logrado tras una intensa búsqueda, en un rotundo y estrepitoso fracaso; se trata de que recurren a la ejecución de acciones groseras, muchas veces burdas e inexplicables desde toda lógica, racionalidad, o desde el simple sentido común que, afortunadamente, no es el más común de los sentidos.¹

¹ Si así fuera, el sentido común nos indica que el Sol “sale” por el Este y se «pone» por el Oeste, lo cual es un disparate astronómico.

En dicho texto, Freud intenta dar una explicación al fenómeno descrito, pero solamente aporta una lectura simplista, la cual está relacionada con la situación edípica por la que transcurren las vidas de estos individuos y por las cargas de culpas (Aguinis, 1983) inconscientes que les impiden el goce de la plena satisfacción por los logros obtenidos y deseados, a la par que se impone la necesidad de constituirse en los ejecutores del propio fracaso.

Esta aproximación, predominantemente de tipo fenomenológico, se cierra de modo admirable en la obra que Freud escribiera en 1920, en la cual desarrolla uno de los aportes más notables hechos por el psicoanálisis: el concepto de “pulsión de muerte”. En ella el autor apela a múltiples ejemplos de la vida psíquica, tanto consciente como inconsciente, para instalar en el corpus teórico que estaba desarrollando por entonces, una conceptualización que terminaría por enriquecer profundamente su amplia y vasta teoría, pero que de modo simultáneo sería, como lo fue de hecho, históricamente, profundamente resistida por algunos de sus colegas.

Uno de los indicadores fundamentales de la existencia de aquella tendencia es la de todo ser vivo por retornar a su estado primitivo de “no vida”; se trata del concepto de compulsión a la repetición, aquello que Freud mismo denomina como esa “fuerza demoníaca” que impulsa a algunos sujetos a repetir una y otra vez aquellos acontecimientos que en alguna oportunidad fueron causantes de dolor, displacer, frustración y del consabido fracaso empírico que esta fuerza produce.

Lo curioso de estos hechos —que desde una lectura ingenua puede aparecer como desusado o “enfermizo”— es que los mismos no implican las características del síntoma que, como ya lo había desarrollado Freud ampliamente en otros textos, no contradicen al principio del placer. Esto es debido a que el síntoma implica displacer para un sistema (consciente) y, al mismo tiempo, satisfacción para otro sistema (inconsciente) que conviven contradictoria y necesariamente en el mismo individuo. Lo que ocurre en el caso de la obsesión o compulsión por la repetición es que la misma reitera sucesos del pasado que no traen consigo posibilidad alguna de placer, ya que cuando tuvieron lugar no constituyeron la base de una satisfacción, y tampoco constituyeron ni constituyen la expresión de pulsiones reprimidas.

No ha sido casual que eligiéramos la teoría psicoanalítica como base de la lectura de los episodios políticos, sociales y económicos que se han sucedido durante el Gobierno de la Alianza, desde su asunción como tal hasta mediados del año 2001. Es que Freud no solamente fue el inventor de una técnica terapéutica, también fue “... el filósofo especulativo que se paseó por la antropología y la teoría política” (Robinson, 1969), lo cual lo convierte en una base útil para comprender mejor los hechos sociales (Durkheim, 1895) de los que nos iremos ocupando. Asimismo, con el apoyo de elementos de la teoría psicoanalítica, los autores (Rodríguez Kauth y Falcón, 1997)

han podido observar –dentro del espacio de lo que se conoció como la “fiesta menemista”– el escaso aprovechamiento del mecanismo de la sublimación entre los políticos profesionales, lo cual los conduce a convertirse en oprobiosos amos de sus ciudadanos, cosa que –por otra parte– ya había sido descrita muy atinadamente en el siglo XVIII por el Marqués de Sade (1795) y que fuera retomada, entre otros, por Álvarez (1995).

Hecha esta breve introducción de naturaleza psicológica, estimamos que ya estamos en condiciones de entrar a tratar hechos puntuales que nos permitirán hacer una lectura más amplia, desde otra óptica a las de las tradiciones sociológicas, políticas, históricas o económicas, de los traumas y pesares que está sufriendo Argentina –entendida no como una entelequia– así como del permanente malestar en que viven sus habitantes. Preciso es añadir que los firmantes (Rodríguez Kauth, 1997) no coinciden plenamente con el método psicobiográfico empleado por Freud, especialmente lo que se trasunta de su obra sobre Leonardo Da Vinci (1910), por lo cual se evitará caer en la imprudencia de intentar colocar en el diván imaginario de esta presentación ni a muertos ni a vivos que protagonizaron o protagonizan la realidad argentina. Quienes nos hemos autorizado a hacer tal tarea, nos limitaremos a intercalar “corazonadas” de interpretaciones –no psicoanalíticas, entendidas en sentido estricto de tal metodología de trabajo terapéutico– sobre las descripciones de hechos puntuales que se vayan realizando de aquí en adelante.

Un poco de historia económica y Política hasta la “caída” de la Alianza

Sin duda que desde que asumió el gobierno encabezado por miembros de la Alianza (Unión Cívica Radical y Frepaso) la conducción del país, en diciembre de 1999, los fracasos se cuentan por millares, en tanto que los escasos éxitos logrados han quedado opacados por los primeros.

A fin de no hacer pesada la tarea de leer tan larga sucesión de hechos frustrantes para el Gobierno, es que puntualizaremos cada uno de ellos que, por otra parte, estimamos son del dominio público.

Para comenzar con tan larga cadena de hechos que fueron despertando el malhumor de la ciudadanía, a la vez que empezaron a corroer las entrañas de quienes votaron un proyecto político que representaba una expresión original de transparencia, luego de una década transcurrida dentro de la banalización política en que había sumido al país el estilo político menemista, con su secuela de corrupción y consecuente impunidad ilimitada. Sin embargo, las medidas tomadas por el Poder Ejecutivo de inmediato fueron desnudando una falta total de criteriosidad política:

A los quince días de asumidos, se presentó una medida económica que resquebrajó los cimientos de la Alianza. Se la conoció como el “impuestazo”, por la que se gravaban los salarios superiores a 1.500 dólares.

Tal decisión se tomó tras bambalinas, en la soledad de conversaciones y sugerencias hechas con dos de los miembros del elenco ministerial que eran fieles amigos personales, de más de 30 años, del Presidente. La misma, afectaba los salarios de la “clase media” —la que Ingenieros (1913) hubiera definido como mediocre— y que fue la base del triunfo electoral de la Alianza.

Con ella comenzó a resquebrajarse la Alianza. Los miembros del Frepaso, tanto en el Gabinete como en el Congreso, no dejaron de manifestar su desagrado con la misma.

Fue dicha medida con la cual De la Rúa mostró un estilo particular de hacer política: la toma de decisiones sin consultas previas al resto del espectro político nacional, ni siquiera a sus aliados políticos.

Asimismo, el Presidente prefirió escuchar solamente las opiniones de sus amigos más íntimos —varios de los cuales ocupaban cargos en el Gabinete— sin tener antecedentes políticos suficientes que justificaran tal posición, mientras mantenía un diálogo de sordos con el resto de sus funcionarios, acerca de los cuales, no quepan dudas, que tenía profundas desconfianzas respecto a su lealtad; solamente los había nombrado por compromisos electorales previos que debía respetar. Todo esto y otra serie de hechos políticos y sociales produjeron fisuras en el bloque de congresistas de la Alianza.

A medio año de la asunción gubernamental se produjo un escándalo de corrupción en el Senado de la Nación —entre miembros de tan “Honorable” cuerpo legislativo—² y al menos un Ministro del Gabinete. Esta situación tomó estado público —a través de la prensa independiente³— de conocerse lo que se mantenía callado u oculto, por obra y gracia de quienes desean mantener en secreto sus espurios manejos de la república.

Fue entonces que saltó a la luz la silenciosa oposición entre el Presidente —quien prefiere mantener las aguas quietas, pese a sus encendidos discursos preelectorales de lucha contra la corrupción— y su Vicepresidente Carlos “Chacho” Álvarez, el que sin pelos en la lengua procuró esclarecer el caso, aun a costa de sacrificar a un hombre de su agrupación —que ocupaba la

² Como le gusta denominarse.

³ Es preciso señalar que la prensa juega, en este país, el papel de súper yo, ya que se ha convertido en un instrumento revelador que pone en conocimiento del público los desaguisados que cometen las fuerzas políticas. Lamentablemente, no cumple acabadamente con la función superyoica, ya que en general no produce culpa alguna en los autores de los actos que denuncia, solo provoca, en el mejor de los casos, un marcado fastidio por haber sido descubiertos “con las manos en la masa”.

cartera de Trabajo— en aras de cumplir con el compromiso asumido con la ciudadanía.

Los intentos de Álvarez por satisfacer las ansias de transparencia en la acción política del electorado, lo obligaron a renunciar a su cargo; para lo cual redactó un texto que es una brillante pieza de oratoria política (Rodríguez Kauth, 2001b) más propia de un estadista que de un miembro de lo que se denomina, eufemísticamente, “la clase política”, en el sentido dado por el reaccionario politólogo italiano G. Mosca (1926), como sinónimo de las elites dirigentes.

La renuncia del Vicepresidente no solo marcó un estruendoso fracaso de la coalición gobernante, sino que también fue el reflejo del fracaso de Carlos Álvarez —hasta entonces con una carrera política por demás exitosa— quien luego de su renuncia, también se retiró del quehacer político partidario —poco después— en la conducción de su agrupación y, ya en su vida privada, entró en un cuadro melancólico y depresivo, según lo expresado por sus compañeros de actividad política de mayor intimidad y que conocen bien las venturas y desventuras de aquél.

Este episodio —lamentable para las instituciones del país— obligó al Presidente a reestructurar su Gabinete, deshaciéndose de la presencia de algunos hombres de su máxima confianza pero, en vez de reforzar la Alianza primigenia —como le aconsejaban sus correligionarios radicales— incluyó en el mismo a otros amigos y parientes, tal el caso de su hermano Jorge en la Cartera de Justicia, quien no posee peso político propio.

Con este suceso que mantuvo en vilo a la opinión pública, se dio inicio a una serie de desaciertos gubernamentales que parecían darle la razón a quienes opinaban que el Presidente, por el temor a fracasar, solamente escuchaba las voces de su círculo íntimo de amistades, algunas de ellas sin experiencia política alguna pero, ciertamente, con mucha trayectoria en el quehacer de las finanzas privadas nacionales e internacionales.

Sin embargo, logró un éxito —solo mediático— al anunciar, poco antes de finales del 2000, un “blindaje” económico proveniente de la gran banca internacional y de organismos transnacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, por unos 40 mil millones de dólares. Esta “generosidad” de la banca fue producto de que se estaba al borde de la cesación de pagos de la inmensa deuda externa y el clima interior era de profundo descontento, habiendo caído contundentemente la imagen presidencial⁴.

⁴ Según los resultados de las encuestas de opinión pública a niveles bajísimos, inclusive entre aquellos mismos que un año antes lo habían votado.

Como resultado de ese apoyo internacional, semejante al que se dio para el “efecto tequila” –un lustro antes en México– el gobierno tuvo un respiro e hizo creer a la población que la tan ansiada recuperación económica estaba cerca y que al fin rompería con tres años continuados de recesión y caída del PBI.

Pese a ello, los indicadores macroeconómicos señalaban que la desocupación seguía creciendo y que no se producía la recuperación económica a través del consumo interno y de las exportaciones por mayores índices de productividad.

De tal forma transcurrió el verano del 2001, esperando la llegada de capitales salvadores que, no se había dicho de manera manifiesta, solamente “blindarían” a la economía argentina si se cumplía con medidas fiscales que redujeran el gasto público.

En marzo⁵ del 2001, comenzaron una serie de desaciertos políticos, económicos y sociales que han mantenido sobre ascuas a la población hasta el momento que se escriben estas líneas⁶.

La situación económica y social se hacía insostenible, nuevamente el país estaba al borde de la cesación de pagos externos, ya que no se cumplió con las metas fiscales impuestas por los organismos transnacionales acreedores.

En estas circunstancias se desató una nueva crisis por el posible default y se buscó la presencia de un “duro” –en el sentido de la ortodoxia económica– para esa cartera que, según la mayoría de los analistas, era la causa de la crisis local.

Por esa razón el Presidente reemplazó a su Ministro de Economía de la primera hora por otro que también era de su íntima amistad. El nuevo ministro, R. López Murphy, había tenido bastante protagonismo durante la campaña electoral y se lo indicaba como el casi seguro responsable de la economía, hasta que él mismo coartó su futura designación al afirmar públicamente que la solución a los problemas argentinos pasaba por despedir a por lo menos un 10% de los empleados públicos. Como es obvio esto fue muy mal recibido por el electorado que sufría altos índices de desocupación y avizoraba un aumento de la misma por el consiguiente recrudecimiento de la profunda recesión.

⁵ Que bien puede recordar a los Idus de marzo, cuando Julio César fue asesinado por un grupo de senadores romanos, encabezados por Marco J. Bruto.

⁶ Y que no presagian un final abierto, como en el ajedrez, sino que parecen ser la crónica de un desastre anunciado (Rodríguez Kauth, 2001c).

La “mano dura”, que anunció medidas drásticas como el aumento de impuestos recesivos al consumo y la reducción salarial y de haberes a los jubilados y pensionados duró dos semanas en el gobierno. Se sucedieron las protestas encabezadas por desocupados y subocupados —que representan más de un tercio de la población económicamente activa— y que fueron acompañadas por uno de los sectores más desprestigiados del espectro social argentino: los dirigentes sindicales. A la par, una notable movilización de los estamentos educativos, especialmente el universitario, le torcieron el brazo a De la Rúa, y lo obligaron a dar marcha atrás en sus “políticas de ajuste económico” (Calcagno, 1994; Rodríguez Kauth, 1994) que, históricamente —en los últimos 40 años— recayeron en particular sobre los sectores de menor capacidad adquisitiva y que representan una inmensa masa de excluidos y marginados del sistema social argentino, a los cuales se les estima en una cifra superior al tercio de la población.

El país se convulsionó por la ola de protestas, cortes de rutas, toma de poblados, etc. Esto trajo aparejada la represión ordenada por el Ejecutivo a las fuerzas de seguridad, en especial a la Gendarmería, la cual reprimió a los manifestantes de manera brutal, como en las peores épocas de la última dictadura militar. Un gobierno radical repetía los tristemente célebres episodios de la Patagonia rebelde (Bayer, 1995) y de la Semana Trágica, en 1919 (Ingenieros, 1919).

Continuando con la tónica zigzagueante de su discurso, durante una reunión de economistas —marzo 2001, en Chile— el Presidente confirmaba públicamente en su cargo de Ministro a López Murphy, aunque horas más tarde, en Buenos Aires, lo reemplazó por un viejo conocido de los argentinos, el sempiterno Domingo F. Cavallo⁷, el cual, preciso es anotar, fue uno de sus más enconados críticos durante la campaña electoral de 1999.

Tal nombramiento significó un nuevo fracaso, no solamente personal, sino también político para De la Rúa, ya que la maniobra produjo una fuerte repulsa tanto en las filas del radicalismo como en la de sus socios del Frepaso, poniendo nuevamente a la Alianza al borde de la ruptura definitiva.

Al asumir Cavallo propuso un plan de reactivación basado en la promoción de la productividad, con lo cual, sostenía, se saldría rápidamente de 36 meses consecutivos de recesión económica y con un PBI estimado en cifras infinitesimales, las que más se acercan a un país como Burkina Faso —con el debido respeto que aquel país nos merece— que al de uno que pretende entrar en el Primer Mundo y que, durante la “fiesta menemista”, creyó estar inserto en él.

⁷ El mismo que durante la dictadura militar estatizó la deuda externa privada en beneficio de sus amigos industriales y que más tarde con Menem galopara cual jinete apocalíptico con la aplicación de impuestos que fueron acelerando la recesión y la desocupación.

Las nuevas medidas aplicadas, que fueron sostenidas por el Parlamento con una suerte de “cheque en blanco” que se extendió al nuevo “salvador de la Patria”, no fueron bien recibidas –esta vez– por los operadores del “mercado”. Él mismo se trata de una instancia de naturaleza entelequial, nadie sabe cómo opera ni quién es, pero tiene la capacidad de hacer exitosa o fracasada a cualquier política económica que no satisfaga sus intereses y el de sus mandantes de los grandes centros financieros internacionales. De tal suerte que la respuesta de los “mercados” a las medidas propuestas por Cavallo, especialmente los de la banca y las finanzas, fue desastrosa.

El síndrome del riesgo país. A nadie se le escapa que Argentina tiene unas de las deudas externas mundialmente más abultadas, si se la considera según el índice per cápita, lo cual provoca que para que el Estado pueda pagar los vencimientos de intereses y capital de la misma esté obligado a tomar nuevos créditos. Pero he aquí que es cuando aparece el síndrome de marras, el cual no es otra cosa que un índice elaborado en las metrópolis del capital financiero internacional por agentes bursátiles que “aconsejan” a sus clientes sobre la conveniencia –o no– de realizar inversiones de capital o de comprar títulos públicos de determinados países en función de dos indicadores básicos: a) la capacidad de pago del deudor, que está relacionada con el saldo de sus cuentas fiscales y, a medida en que mayor es el déficit fiscal, menos posibilidades ciertas de pago representa;⁸ y b) un parámetro subjetivo acerca de la capacidad de gobernabilidad y estabilidad gubernativa del país en cuestión. Con relación a tal índice es que se cobran los intereses por los nuevos créditos que se tomen en el mercado financiero internacional o en la banca local⁹ que se asocia a las perspectivas de incobrabilidad de los préstamos.

Pero tal síndrome no solamente causa reacciones de tipo histéricas en los mercados y entre quienes juegan a los negocios bursátiles, también aqueja al ciudadano común y corriente que tiembla cada vez que se anuncia el valor del mismo. No porque realmente lo considere algo desusado, sino debido a que sabe que el mismo lo hará vivir en una inestabilidad mayor a la que comúnmente estamos habituados. Si el riesgo país continúa aumentando, las posibilidades de perder su empleo –si lo conserva aún– se ven reducidas como consecuencia de la recesión; sus ahorros, ya sean pequeños o grandes corren el riesgo de licuarse con una posible devaluación monetaria y no tienen la más mínima seguridad de que no ocurran “corridas bancarias” y los bancos donde tiene depositados los mismos vayan a la quiebra. Es decir, junto con el riesgo país aumenta el riesgo de enfermedad, tanto

⁸ En los últimos días de julio de 2001, un estudio de tal naturaleza, realizado en Londres, reflejó que Argentina es el peor país “emergente” para realizar inversiones, seguido de lejos por Turquía que viene de atravesar una crisis similar a la nuestra.

⁹ Que –en su mayoría– están asociados a bancos extranjeros.

psíquica como física, ya que estos episodios suelen somatizarse y el síntoma emerge, por ejemplo, con una úlcera de duodeno o con impotencia sexual.

A todo esto Cavallo había anunciado a la banca local que el país no se endeudaría más a altas tasas de interés y así, en junio, salió a vender Letras de Tesorería. Fueron compradas a una tasa del 9%. Quince días después, en una operación idéntica, le aplicaron una tasa que superaba en un 50% a la anterior, es decir, del 14%; lo cual es usurario en cualquier parte del mundo. Y ello debido a que el “riesgo país” había superado con creces la barrera imaginaria de los mil puntos, lo cual puso “nerviosos a los mercados”.

A mediados de junio el súper Ministro Cavallo propuso, como una forma de alejarnos del default, una operación financiera con los tenedores de bonos y letras emitidas por el país. Se la llamó –eufemísticamente– el “megacanje”. Entre las virtudes de tal operación se hallaba la de aumentar el volumen de nuestra deuda externa en unos 50 mil millones de dólares, a la vez que los bancos que intervinieron en ella –la mayor parte tenedores de los títulos– ganaron por su intervención algo más de 150 millones de dólares. Un “favor” prestado por el Ministro a sus socios de la banca.

Déficit Fiscal Cero. Esta situación crítica, por la previsión de cesación de pagos, llevó a la conducción de la economía nacional, avalada por la conducción política del gobierno, que elaborara un plan de emergencia que tiraba por la borda buena parte de las medidas tomadas en los últimos 90 días. De algún modo se intentó retomar las propuestas que le fueran rechazadas por la población a López Murphy en su breve gestión. Si bien no se propuso el despido de una buena parte del personal del Estado, sí se planteó la necesidad de que el país se autofinancie con sus propios recursos¹⁰, para lo que se propuso recortar los egresos fiscales –en especial los salarios de los empleados estatales– sin considerar cómo eso afectaría a las arcas públicas en sus ingresos, ya que el “plan de productividad” perdería su base de sustentación basado en aumentar el consumo interno. Lo único que asegura es, por unos días, la tranquilidad de “los mercados”, pero en un futuro cercano la crisis volverá a repetirse debido a la falta de productividad y la consecuente reducción de ingresos fiscales por la falta de dinero entre los consumidores para realizar compras.

Nuevamente el país frente a un plan recesivo, todo ello para –en términos reiterativos del Presidente– de “honrar nuestra deuda externa”; aunque eso implique deshonorar la deuda interna, la que tiene para con los habitantes del territorio nacional. La rebaja de salarios es absolutamente inconstitucional y, lo que es peor, la prohibición explícita de poder recurrir ante instancias judiciales por la aplicación de tal disposición. ¡Y esto se da en el marco de

¹⁰ Lo cual en sí mismo no está equivocado, ya que hace a la salud de la economía interna.

un Estado que pretende vivir dentro de los cánones del Derecho, con reglas claras y limpidas, como lo prometió en su campaña electoral!

Para lograr tal fin se tuvo que dar una nueva marcha atrás en anuncios económicos realizados durante tres meses. Por ejemplo, se había resuelto que no se continuaría aplicando el impuesto a las ganancias a salarios mayores de 1.500 pesos y que su tope se elevaría a una cifra mayor, con el objeto de volcar una masa más grande de dinero en el mercado interno para el consumo y alentar así la productividad competitiva entre las empresas nacionales. Sin embargo, el punto central del plan “déficit fiscal cero” se centró en una reducción del 13% a los salarios, jubilaciones y pensiones de más de 300 pesos, con lo cual se condenaba a la profundización de la miseria para quienes ya estaban inmersos en ella.

El plan trajo consigo aparejadas dos crisis simultáneas: luchas entre los dirigentes de la “clase política” y, a su lado, la repulsa popular que retroalimentó –en el sentido dado por Wiener (1947)– a las primeras. Aparecieron los cortes de rutas y calles por parte de piquetes de desocupados que reclaman un lugar fuera del espacio de exclusión social al que fueron arrojados, mientras eran acompañados por los sectores del trabajo que se verían afectados por las nuevas medidas. Asimismo, por primera vez en la historia del país fueron ocupadas –por trabajadores de Aerolíneas Argentinas– las pistas de aterrizaje de los aeropuertos, a lo que se sumaron las amenazas a la seguridad pública por el incremento de la delincuencia como consecuencia de la falta de trabajo, etc.

Todo ello incrementó la crisis de autoridad y la ausencia de un Poder visible, como así también la presencia de una dirigencia coherente y comprometida con el pueblo y la Nación. De tal suerte se tejieron las más absurdas alianzas entre progresistas –si que a estas alturas de los acontecimientos se puede considerar que existen en el país– y reaccionarios que trataban de llevar cada uno de ellos un poco de “harina para su costal”. Y los gobiernos desprestigiados generan estados de anomia (Magallanes, 1993), el desprestigio no es casual, sino producto de la falta de respeto por las normas vigentes por parte de quienes son los principales encargados de hacerlas cumplir: los funcionarios del Estado.

A todo esto, el Presidente anunciaba medidas antes de consensuarlas, o discutirlas, con su propio Partido¹¹, con los aliados y con la oposición. Esto produjo un estado de anomia en el propio gobierno, cosa que de por sí es inexplicable ya que se supone que él es el encargado de hacer cumplir la normativa política a los ciudadanos predicando con el ejemplo. Un testimo-

¹¹ Habiendo llegado a recibir el repudio explícito del mandamás del radicalismo, el ex Presidente R. Alfonsín que, preciso es anotar, también posee características bifrontes semejantes al dios romano Jano (Rodríguez Kauth, 1998), el cual auguraba buenos finales de la jornada.

nio elocuente de esto fue el piso a partir del cual se iba a hacer el recorte salarial y cuyo debate se dio intensamente dentro de la propia Alianza y del radicalismo. Comenzó siendo de \$ 300, ascendió a 500 y terminaron debatiendo en el Congreso si no podría ser de 1.000.

Tal estado de anomia o, para ser menos categóricos con el concepto elaborado por Durkheim (1893), la situación de desbande y disociación en el propio equipo gubernamental, ya fue descrita por Freud (1921) cuando señaló que al romperse los lazos sociales se libera la pulsión de muerte, ya que aquellos le hacen de soporte. Se genera el pánico y el mismo se traslada al resto de la población en una suerte de “contagio” que viene de arriba hacia abajo.

Se llegó al colmo de tener en el Gobierno múltiples “voceros” oficiales y oficiosos que constantemente se contradicen unos con otros, con lo cual el clima social de anomia se traslada a la gente de a pie y de ahí la multiplicidad de manifestaciones contra el gobierno ya descritas.

En la madrugada del lunes 30 de julio, se aprobó en el Senado –previa sanción de diputados– la ley de déficit cero, incluyendo las rebajas salariales, tras un extenso debate en que la oposición señaló lo disparatado de la misma, aunque la terminó por votar favorablemente. Ella era esperada ansiosamente por el Gobierno para “calmar a los mercados”. Sin embargo, ese día el principal índice bursátil argentino cayó un 1% y el riesgo país no tuvo una baja significativa con respecto al cierre del viernes anterior. Es que tanto el “mercado” como las consultoras internacionales esperan señales de cómo el Gobierno enfrentará la crisis social que se avecina, con piquetes cortando rutas y calles a la vez que la suma de protestas populares de quienes se han visto afectados por el recorte salarial. Es decir, esperan que se aplique “mano dura” con los levantiscos. Hasta 1976 eran los militares los que exigían señales de dureza a los gobiernos, ahora son los “mercados” los que hacen lo propio, es decir, los banqueros y financistas. Lo peor está dado en que ya bajó en un más de un 6% la recaudación fiscal del mes, lo que hace pensar que en un par de meses más habrá que hacer un nuevo ajuste sobre los salarios de los activos y pasivos.

Como consecuencia de la situación, desde hace un tiempo los analistas políticos y económicos comenzaron a tomar distancia respecto a los graves problemas que nos aquejaban y, de tal modo, separaban lo económico de lo político y social. Hasta entonces, se responsabilizaba a la conducción económica de los fracasos gubernamentales, olvidándose de una vieja sentencia del siglo XVII, cuando el ministro de Luis XIV, Jean B. Colbert, afirmaba que para tener una buena administración financiera y económica, era preciso mantener por encima de ella a un excelente plan político de gobierno; lo cual significa que el caballo debe estar adelante del carro y no empujarlo.

Esta estrategia de gobierno fue sostenida por todos aquellos países que han progresado y desarrollado la economía de sus pueblos. Al respecto se puede tomar un ejemplo de la historia argentina reciente: desde 1992 en adelante en que el Presidente Menem designó a Cavallo como Ministro de Economía para implementar una estrategia conducente a frenar la alta tasa de inflación imperante, lo cual logró merced a la aplicación de un “plan de convertibilidad” monetaria que ataba el valor de la moneda nacional a la del dólar estadounidense.

Tal medida se presentó como la solución mágica y el propósito se cumplió a rajatablas, asociado a otras medidas como la aplicación —la más de las veces corrupta— de la venta de las empresas estatales a consorcios transnacionales. La dolarización de la economía, trajo un gran alivio a la población que estaba endeudada y ahora tenía previsibilidad respecto al valor del dinero aun con el congelamiento de salarios. A partir de ahí, los términos de la ecuación política y económica fueron invertidos, convirtiéndose los economistas en una suerte de gurús intocables que todo lo pueden. Sin embargo, durante los 7 años restantes del gobierno de Menem, es indiscutible que él no dejó opacar la figura de la conducción política por la de la dirigencia económica, a punto tal que en 1996 se reemplazó a Cavallo en el Ministerio debido al alto nivel de protagonismo político que este venía alcanzando.¹²

Con el gobierno de De la Rúa no ocurrió algo semejante, ya que él no posee las dotes de liderazgo carismático (Weber, 1922; Rodríguez Kauth, 1992) que tuviera Menem —que, por otra parte— las ha perdido en la medida en que se ha alejado del poder. Según Ossorio (2001) “De la Rúa jamás se jugó emoción alguna que alterara su vida social hogareña ni asumió aventura ninguna que expusiera su vida al peligro. Ni tan siquiera al peligro de una definición fuerte en el plano académico, en el que, como en todos los demás órdenes de la vida, solamente subsistió, con los honores que las instituciones brindan a quienes navegan en aguas superficiales y consagran lo existente. Conservador por tono familiar y vocación temperamental, se sumó a un radicalismo alvearizado que no le exigía trato alguno con chacareros ni obreros ni la impronta verbal drástica de un socialismo testimonial al que ni siquiera conoció por los libros”.

A esta atinada descripción, se le suma que De la Rúa da la impresión de ser un navegante por el Mar de los Sargazos (Bayer, 1994), es decir, que no encuentra el rumbo preciso para llevar la nave a buen puerto. Esto es debido a que accedió a la Presidencia bajo la convicción de que era el representante de la virtud y la justicia, aunque sin méritos políticos propios que avalaran tal creencia. Carecía de poder dentro de su estructura partidaria y desconfiaba de sus aliados electorales, nunca creyó que la Alianza fuese

¹² Las ambiciones políticas de Cavallo fueron tan notables que llegó a fundar su propia estructura política y, en las elecciones de 1999, su candidatura presidencial logró solo el 9% de los votos.

algo más que una coyuntura electoral, por lo que poco a poco fue produciéndose una suerte de rebeldía en sus propias filas, desconfianza entre los aliados y, por último, una incertidumbre generalizada acerca de su capacidad gubernativa en toda la ciudadanía. En su extensa carrera política, no perdió oportunidad de acercarse a la derecha –su posición preferida– y eventualmente a la izquierda,¹³ aunque siempre manteniendo prudentes distancias que no lo alejaran mayormente del “justo medio”.

Es que el Poder puede convertirse en algo surrealista y, en el caso del Presidente actual, de modo analógico recuerda la célebre pintura de F. de Goya: “Saturno devorando a un hijo”. En la misma, el Poder es el dios romano Saturno y De la Rúa es el hijo que no ha podido –o sabido– salvarse de las garras de un padre que le impone castigos por no saber hacer “los deberes” para con sus súbditos. De la Rúa podía representar al dios Plutón, hijo de Saturno y considerado por la mitología como el dios de los muertos.

Esta no es una analogía perversa para con quien hace como que conduce los destinos del país, ya que no solamente ha crecido la mortalidad infantil, sino que con sus medidas económicas está condenando a la muerte física a millares de jubilados y ancianos antes de tiempo, merced a las magras pensiones que reciben, las cuales no solamente les impiden alimentarse sino tampoco comprar los medicamentos para mantener una mínima calidad de vida.

El territorio se ha convertido en un enorme cementerio de industrias cerradas, campos que no producen y comercios que no venden sus productos. Para colmo de males, todo esto es percibido por buena parte de la población que está decidida a emprender el éxodo voluntario para probar suerte en el exterior, ya que el presente es oscuro y el futuro se avizora negro. En definitiva, el país cada vez está más cerca de asemejarse a un cementerio, aunque sin la paz que reina en aquellos, ya que todavía hay sobrevivientes que se rebelan contra tales políticas.

No es casual la analogía hecha con Plutón, ya que la salud del Presidente se ha deteriorado a punto tal que desde mayo de 2001 ha debido someterse a estudios cerebrovasculares, los que hicieron decir públicamente a uno de sus hombres de máxima confianza –el Ministro de Salud– que De la Rúa presenta un cuadro de arterioesclerosis. Esto fue una nueva causa de preocupación para los argentinos, no porque estemos especialmente preocupa-

¹³ No debe olvidarse que el radicalismo argentino, pese a su nombre –Radical– de tal cosa tiene poco, representa a la centro-derecha nacional. Desde el punto de vista sindical, las agrupaciones que le ofrecen su apoyo son solamente las de estudiantes universitarios y docentes del mismo nivel, aunque no de modo masivo. Los ajustes presupuestarios produjeron el repudio generalizado de tales sectores que tradicionalmente apoyan al radicalismo, al punto de haber sido uno de los principales motores de la renuncia de López Murphy primero y de la movilización masiva ante la replicación de las mismas por parte de Cavallo.

dos por la salud del Presidente, sino por que ante una afirmación tan contundente aumentó la desconfianza en la gobernabilidad.

Conclusiones

A fin de no continuar abundando en detalles que pueden ser redundantes para el lector acerca de la situación social, política y económica que se vive con el actual gobierno hemos de dar un cierre a estas líneas. Para ello señalaremos que el sino gubernamental está marcado por la derrota, la incapacidad consciente de encontrar soluciones originales a los problemas que hace más de medio siglo nos atraviesan y a los deseos inconscientes de no salir victorioso del enfrentamiento, se convierten en causas concurrentes para la reiteración del fracaso.

Las contradicciones —como tales— no son las que arrastran a la pérdida de fiabilidad, ya que si se trata de contradicciones superadoras del statu-quo vigente resultan beneficiosas para gobernantes y gobernados. Sin embargo, cuando las mismas revisten el carácter de las indicadas más arriba, entonces se está a un paso del abismo de la ingobernabilidad y lo único que le queda a los gobernantes es echar mano a las fuerzas represivas para contener las iras populares. Con lo cual, sus días de gobierno se encuentran contados antes de la finalización de su mandato.

No saber y no querer, son dos falencias que, asociadas, arrastran ineluctablemente al fracaso. Es verdad que para gobernar no es suficiente con recurrir a la sentencia popular, aquella que dice que “saber es poder”, la sabiduría debe venir asociada con el deseo de cumplir con los objetivos trazados previamente y, el gobierno del Presidente De la Rúa, ha dado pruebas manifiestas de no tener el deseo de satisfacer sus compromisos preelectorales ni los acuerdos logrados con sus aliados que —en un principio— fueron programáticos para luego ser considerados coyunturales y terminaron por convertirse en una ruptura semejante a la de un matrimonio desavenido, es decir, tratar de destruirse mutuamente.

Como paradoja histórica, podemos anotar que pareciera ser que este hubiera sido el destino de los gobernantes radicales en toda su historia. Salvo los dos primeros gobiernos de ese signo, el primero de H. Yrigoyen —1916 a 1922— y Alvear¹⁴ —1922 a 1928— el resto debieron abandonar sus mandatos antes de tiempo: unos por intervenciones militares, producto de la ineficacia de su gestión gubernamental, que alentó tales aventuras antidemocráticas y el anterior a De la Rúa, el de Raúl Alfonsín, que hizo un traspaso constitucional de los atributos presidenciales anticipadamente, ya que había puesto al país al borde del caos social y político.

¹⁴ Al cual dudamos que se pueda considerar de signo radical, ya que estaba más cercano a la oligarquía conservadora de entonces.

Ya se dijo que para el psicoanálisis no existe el destino como fatalidad ineludible y entendemos que la cultura occidental participa, quizás de un modo no tan complicado, de esta creencia. La impulsión a la repetición de los fracasos políticos que se han detallado de modo pormenorizado, pareciera indicar que existen personas, grupos y aun fuerzas políticas que están atravesadas por esta compulsión de derrota, aun cuando por el lugar que ocupan tengan las posibilidades de intentar alguna estrategia inteligente o, al menos, actuar sin torpezas y no hacer tan evidente su deseo inconsciente de permanecer en el cómodo espacio de la oposición.

Este es el lugar que históricamente cumplió de manera más acertada el radicalismo, ya que muestra que no tiene capacidad para gobernar; el tiempo lo pierde en el internismo partidario y no en la gestión gubernativa. Esto que venimos de afirmar, no es un capricho ni tendenciosidad política de los autores, sino que lo señala explícitamente uno de los historiadores contemporáneos más prestigiosos y que adhiere al radicalismo. Se trata de Félix Luna (1993), quien sostiene que el radicalismo desde los más de 100 años de su fundación, siempre ha sido renuente a tener un programa de gobierno, basando su propaganda electoral en cuestiones tan obvias como la honestidad y transparencia, características que no pueden ser programáticas, sino que deben estar implícitas en todos aquellos que pretenden gobernar.

Para finalizar, y ante la posibilidad cierta de cesación de pagos ante los acreedores internacionales que se está viviendo en los primeros días de agosto y que no reciben respuesta del FMI, nada mejor que recordar unas palabras de A. Smith (1784), quien no era precisamente un enemigo del capitalismo, al señalar que: "Cuando un Estado se ve en la necesidad de declararse en quiebra, lo mismo que cuando un individuo se ve en tal necesidad, entonces una quiebra limpia, abierta y confesada es la medida que a la vez menos deshonra al deudor y menos perjudica al acreedor".

RERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguinis, M. (1983). *Elogio de la Culpa*. Bs. Aires: Planeta.

Aguinis, M. (2001). *El atroz encanto de ser argentinos*. Bs. Aires: Planeta.

Álvarez, R. (1995). Sade: un moralista paradójico. *Intercambios* N°3, Bs. Aires.

Bayer, O. (1994). En el Mar de los Sargazos. *Realidad Económica*, N° 122. Bs. Aires.

Bayer, O. (1995). *La Patagonia Rebelde*. Bs. Aires: Planeta.

Calcagno, A. E. (1994) *El Estado en Países Desarrollados. Realidad Económica*, N° 125, Bs. Aires.

Durkheim, E. (1893). *La división del trabajo social*. Bs. Aires: Kraft, 1947.

Durkheim, E. (1895). *Las Reglas del Método Sociológico*. Bs. Aires: Dédalo, 1956.

Freud, S. (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*. Bs. Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, S. (1916). *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico*. Bs. Aires: Amorrortu, 1986.

Freud, S. (1920). *Más Allá del Principio del Placer*. Bs. Aires: Amorrortu, 1986.

Freud, S. (1921). *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*. Bs. Aires: Amorrortu, 1986.

Ingenieros, J. (1913). *El Hombre Mediocre*. Bs. Aires: Mar Océano, (Vol. 7) O. C., 1962.

Ingenieros, J. (1919). Respuesta a la Encuesta de la Revista Vida Nuestra. *Rev. de Filosofía*, N° 1, Año IX.

Luna, F. (1993). *Breve historia de los argentinos*. Bs. Aires: Planeta, 1997.

Magallanes, L. y otros (1993) Aporte experimental al conocimiento psicosocial de la alienación. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, N° 3. (Vol. 39).

Mosca, G. (1926). *La clase política*. México: F. C. E., 1984.

Ossorio, A. (2001) *El Estado se muerde la cola. Polémica Digital*, N° 6 Bs. Aires.

Robinson, P. A. (1969). *La Izquierda Freudiana*. Bs. Aires: Gránica, 1971.

Rodríguez Kauth, A. (1992). *La Psicosociología del Carisma en Max Weber*. N° 15. Cochabamba: Yachay.

Rodríguez Kauth, A. (1994). *Lecturas psicopolíticas de la realidad nacional desde la izquierda*. Bs. Aires: C. E. A. L.

- Rodríguez Kauth, A.** (1997). *Psicobiografía: un modo de Lectura Histórica*. N° 68. Bs. Aires: Historia.
- Rodríguez Kauth, A.** (1997b). Argentina ¿La política de lo banal o la banalización de la política? *Política Exterior*, N° 59. Madrid.
- Rodríguez Kauth, A.** (1998). *Aguafuertes de fin de siglo*. Bs. Aires: Almagesto.
- Rodríguez Kauth, A.** (2001). *Vida Cotidiana: psiquismo, sociedad y política*. Santiago de Compostela: Tórculo Ediciones.
- Rodríguez Kauth, A.** (2001b). *Lecturas sociopolíticas de los últimos diez años*. Miami. www.e-libro.net
- Rodríguez Kauth, A.** (2001c). Crónica de Argentina. *Iniciativa Socialista*, N° 61. Madrid.
- Rodríguez Kauth, A y FALCÓN, M.** (1997). Sublimación y Perversión en Política. *Extensiones*, N° 1/2. (Vol. 4) México.
- Sade, M. De.** (1795). *La Filosofía en el Tocador*. Bs. Aires: Ed. Diable Erotique, 1982.
- Smith, A.** (1784). *La Riqueza de las Naciones*. Madrid: Alianza, 1994.
- Weber, M.** (1922). *Economía y Sociedad*. México: Ed. Fondo de Cultura Económica, 1944.
- Wiener, N.** (1847). *Cibernética y Sociedad*. Bs. Aires: Ed. Sudamericana, 1958.